

NOTICIA

Palabras del profesor Víctor L. Urquidi en ocasión de conferirle el gobierno del Japón la condecoración de la orden del Tesoro Sagrado, Estrella de Oro y Plata

Embajada del Japón,
México, D.F., 23 de marzo de 1998

En estos tiempos de vendavales financieros y monetarios, de cambios imprevisibles en las estructuras económicas mundiales, de rezagos grandes en las condiciones sociales de una gran mayoría de la población de nuestro planeta, me resulta honroso y grato en grado sumo que se reconozca en mi persona la labor educativa y en particular académica que me ha tocado en suerte ejercer a lo largo de mi vida. El gobierno del Japón ha tenido a bien distinguirme con una presea que para mí representa enaltecer ante la comunidad no sólo una labor y una vocación determinadas sino contribuir a que se valore lo que siempre he considerado una tarea indispensable del espíritu, llevada a cabo en numerosas ocasiones cuesta arriba, en un medio matizado a veces por la incompreensión.

Mis relaciones con la comunidad académica del Japón son ya antiguas y se han mantenido con gran continuidad, tanto en representación de El Colegio de México como en mis tratos con distinguidas personalidades universitarias y otras. Cuando las inicié hace más de treinta años, pude apreciar de inmediato el alto grado de organización institucional de la educación en el Japón en todos los niveles y la asiduidad con la que los que entonces mis interlocutores, los economistas, se dedicaban a sus tareas académicas y de aplicación de sus conocimientos. Fueron un ejemplo de lo que un pueblo es capaz de producir como contribución al bienestar futuro de su población. La cooperación que más tarde me correspondió intensificar, ya iniciada en El Colegio de México por mis pre-

decesores, fue siempre acogida e impulsada por las autoridades y las universidades japonesas con entusiasmo y generosidad. El Colegio de México pudo constituirse en un faro orientador en México y el resto de América Latina acerca del conocimiento de la historia, la sociedad, los logros y el potencial de la nación japonesa moderna, y establecer vías continuas de comunicación en los campos de las ciencias sociales y las humanidades entre Japón y México, y en áreas comunes del mundo académico latinoamericano. Insisto: fue una labor institucional de ambas partes, más importante que la sola relación entre individuos.

Uno de los rasgos de mi particular contacto con el Japón ha sido, desde el principio, haber podido apreciar que en el fondo, no obstante las diferencias lingüísticas y ciertos aspectos culturales concretos, los pueblos japonés y mexicano comparten actitudes y propensiones similares en cuanto a la comprensión y la práctica de valores universales, que hacen más fácil el entendimiento en asuntos mundanos que con otros grupos humanos. Sin ser yo especialista en estudios de Asia, pude siempre asumir la vía de los paralelismos más bien que la de los contrastes. Ello me ayudó mucho en la experiencia de muchos años de trato con los medios académicos del Japón. Como me permití decir en una ocasión en Guadalajara, en un encuentro sobre Japón, Cultura y Sociedad, “los esfuerzos que hagamos, en la vida académica mexicana y en otros medios, por acentuar lo objetivo, por la búsqueda inclusive de las similitudes que faciliten la comprensión, a través de las distintas lenguas y por medio de intercambios y el enjambre de publicaciones y otras formas de expresión, adquirirán siempre valor” —valor creciente, añadido ahora.

Ambas naciones, el Japón y México, se desenvuelven hoy en la perspectiva de la globalización, con distintas bases y con diferentes medios, en situaciones esencialmente asimétricas. Éste sería para mí un tema que merecería estudiarse con mayor detenimiento, considerando en cada caso el provecho que podría resultar de una cooperación económica más intensa, con visión de largo plazo, y con las aportaciones necesarias al logro de un proceso de desarrollo sustentable que asegure a las generaciones futuras una calidad de vida más satisfactoria

y determine para la humanidad un porvenir de paz y de convivencia libre de temores.

Reitero a usted, excelentísimo embajador Terada, y por su intermedio al gobierno del Japón, mi profundo agradecimiento.

